



Luis Alemany (Barcelona, 1944), reside desde su infancia en Santa Cruz de Tenerife. Ha sido profesor de Literatura Francesa y Literatura Española en las universidades de La Laguna, Sevilla y Rouen. Es autor de la novela *Los puercos de Circe* (1973 y 1983) y de los volúmenes de relatos *El indulto* (1964), *Oscura relación* (1984), *Beneficio de inventario* (1995) y *Conjugación irregular* (2000). Como dramaturgo ha publicado, entre otras obras, *Tiempo muerto* (1966) y entre sus volúmenes de ensayo destacan *Una aproximación a la moderna literatura hispanoamericana* (1974), *Agustín Espinosa: historia de una contradicción* (1994) y *El teatro en Canarias. Notas para una historia* (2002). Ha obtenido diferentes premios literarios como “Santo Tomás de Aquino”, “Jauja”, “Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife”, “Leoncio Rodríguez”, “Ciudad de La Laguna” y “Mencey de las Artes”.

TRAYECTO INFINITO

Introibo ad altarem Dei una vez más no no ya no se dice en latín me acercaré al altar de Dios como se decía en el seminario de Polonia y era el Dios que alegraba la juventud del monaguillo que contestaba entonces también en latín y Dios nos daba fuerzas para luchar contra el materialismo ateo comunista al que terminamos venciendo con la ayuda del Espíritu Santo entonces se respondía en la misa al sacerdote en latín *Suscipiat Domine sacrificium ad manibus tuas* que era lo más largo de todo y lo que más nos costaba aprendernos cuando estábamos estudiando para acercarnos al altar ahora el altar está muy lejos a la distancia de muchos idiomas que dicen *Ich werde mich dem Gottesaltar nähern* o *Je m'approcherai a l'autel de Dieu* idiomas que se confunden en la agotadora distancia de muchos aviones ruidosos que aterrizan en aeropuertos de muchos suelos que ya no puedo besar como me obligaba a mí mismo a hacer en manifestación de la extrema humildad del último de los siervos de Dios que soy porque los médicos me lo han prohibido desde hace tiempo me mareo si me arrodillo sufren dolorosamente las cicatrices de las graves operaciones quirúrgicas y me duele bajo la pesada tiara la antigua cabeza de la memoria histórica al recordar cada uno de los distintos altares lejanos de cada país distante visitado para oficiar la misma misa diferente siempre acompañado por sacerdotes extranjeros indígenas negros amarillos indios cuatro siete quince veinte la débil vista no me permite contar cuántos hay hoy aquí que se acercan conmigo al mismo altar de Dios que ya no puede alegrar mi agotada senectud altares idénticos distantes distintos enormes inabarcables en los que resulta muy fatigoso caminar el larguísimo trecho que va desde la epístola al evangelio aunque me acompañen para oficiar ancianos arzobispos extranjeros robustos acólitos que ayudan en ese difícil trayecto ritual multitudinario repetido en tantas y tantas ocasiones en tantos y tantos lugares en tantas y tantas lenguas extrañas lejanas

exóticas ante la misma muchedumbre indígena repetida idénticamente una y otra vez porque pesan las vestiduras y mi mano enferma no soporta el leve peso del lienzo del amito al levantarla trabajosamente para bendecir a la misma marea multicolor humana difuminada entre pancartas indescifrables del mismo país lejano visitado repetidamente levantando con agobiante esfuerzo el mismo cáliz de siempre repujado con las mismas riquísimas piedras preciosas que emerge sobre el altar como generoso homenaje a la divinidad desde la pobreza subdesarrollada de países explotados cuyos habitantes necesitan la fe en la vida eterna para soportar la miseria de su breve vida terrena dando así solidario testimonio internacional del catolicismo ecuménico triunfante poderosamente a lo largo y a lo ancho de un mundo despedazado que sólo puede unificarse bajo esta tiara que pesa abrumadoramente en la cabeza para consagrarles a todos ellos el pan y el vino de la transustanciación *Hoc est Corpus meus* ya no se dice así como aprendí en el seminario polaco donde comulgaba en latín con hostias blancas y asépticas que no olían a especies exóticas como aquí sino en cada uno de los idiomas distantes que se hablan en estos altares lejanos que estoy obligado a recorrer interminablemente diciendo *C'est mon Corps* o *This is my Body* o *Katila moco jo* en la variante aprendida del papiamento oriental que se habla en la pequeña región que visité hace tres años o consagrar hoy la Eucaristía en esta misa diciendo *Milikabo taka sodo* pero no que eso fue lo que dije en la región septentrional de la Amazonia donde acudí el año pasado sufriendo mosquitos calor alta fiebre deshidratación angustiada de muchas dolorosas horas con la somnolienta recurrencia percutiva *Milikabo taka sodo Milikabo taka sodo Milikabo taka sodo* golpeando el cerebro entre agónicos sudores hasta invadirlo inolvidablemente despertándome con acuciante apremio esas palabras en las noches dolorosamente sobresaltadas persiguiéndome hasta ahora aquí que se superponen a las palabras dialectales indígenas que debo pronunciar en la consagración eucarística de la misa que estoy celebrando hoy en la región meridional de Nicaragua y no recuerdo si son *Permukata malipicho* o eso fue en Guatemala o si ahora estoy en Nicaragua o estoy en Bolivia donde en una de sus lenguas indígenas se consagra la Eucaristía con las palabras *Letepeke data tui* o quizá las palabras sean *Tui data sanaké* o cualquiera de esas dos frases sean las que corresponden a la consagración eucarística de la misa que ahora estoy oficiando cuando llegue el momento tendré que leer la nota que llevo siempre en el bolsillo interior de la casulla cada vez más pesada sobre el cuerpo cansado débil y enfermo desde que comenzó la ceremonia soportando la tiara oprimente que produce un terrible dolor de cabeza y hace añorar el desnudo reposo en el lecho reparador auxiliado por los medicinales sueros reconfortantes que me resultan imprescindibles para descansar durante la noche y poder acercarme mañana al mismo altar lejano diferente que recorro con angustioso agotamiento desde hace mucho tiempo día tras día en una ceremonia interminable en la que ahora comienza el fatigoso reparto de la multitudinaria Eucaristía auxiliado por docenas y docenas de sacerdotes nicaragüenses o tal vez bolivianos o quizá sean ecuatorianos ahora no puedo recordar dónde estoy exactamente pero son sacerdotes católicos que me ayudan a repartir la comunión a miles de fieles algunos de los cuales voy ahora a recibir sentado en un sillón descansando brevemente de la fatiga del largo ritual de la misa entregándoles las sagradas formas con movimientos del brazo cada vez más dolorosos mientras repito al entregar cada una de ellas hasta olvidar el sentido de las palabras *Corpus Christi* que ya no se dice así sino *Corps de Christ* o *Mara Mo* si estoy en la región meridional de Nicaragua o *Paky Tha* si estoy entre los indígenas de Bolivia o tal vez al revés tengo que consultarlo en la nota que llevo siempre en el bolsillo interior de la casulla mientras trato de aprovechar este descanso en el sillón a pesar de que repartir la Eucaristía me deja insoportablemente dolorido el brazo derecho para reponer las fuerzas que me permitan mantenerme en pie hasta poder pronunciar finalmente *Ite misa est* en la variante indígena que se corresponda con el país en el que ahora estoy oficiando esta ceremonia que no puedo recordar exactamente cuál es.